

POR UNA POLITICA DE LA MEMORIA
Razones para nombrar a la Biblioteca de Humanidades y Ciencias Sociales de
Albasanz como **Biblioteca Tomás Navarro Tomás**



I

Uno de los objetivos del nuevo Centro de Humanidades y Ciencias Sociales del CSIC debe de ser ayudar a la construcción de la memoria en nuestra sociedad, pues como sostienen diversos especialistas en ciencias sociales “el presente de Europa no es otra cosa que la vida de su memoria”.

La Biblioteca de ese Centro de Humanidades y Ciencias Sociales, como lugar de conservación, distribución y multiplicación de conocimientos, aspira a desempeñar un papel importante en el afán de mantener y acrecentar la memoria colectiva que demanda la sociedad europea en general, y la española en particular.

En el marco de esas preocupaciones esa Biblioteca propone denominarse “**Biblioteca Tomás Navarro Tomás**”, en homenaje a una de las figuras señeras del Centro de Estudios Históricos, la institución científica española en la que el cultivo de las Humanidades adquirió un mayor prestigio internacional entre 1910, fecha de su fundación por la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, hasta 1936, año en el que el tajo de la guerra civil rompió la continuidad de sus programas de investigación, lanzando al exilio a muchos de sus investigadores más sobresalientes. Entre esos investigadores se encontraba Tomás Navarro Tomás.

Con la denominación “Tomás Navarro Tomás” para la Biblioteca del Centro de Humanidades y Ciencias Sociales de Albasanz se pretende combatir

un olvido y restañar lo que se puede considerar una “herida” en la memoria de los humanistas que han trabajado en el CSIC durante la segunda mitad del siglo XX, que han tenido una relación compleja con sus antecesores de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE).

Con el uso de ese epónimo la nueva biblioteca quiere mostrar su voluntad de rendir un merecido y permanente homenaje a una figura relevante del cultivo de las ciencias humanas y sociales en el originario Centro de Estudios Históricos, y a un consciente y activo defensor del patrimonio cultural español antes y durante la Guerra Civil, cuando tuvo que asumir diversos puestos de responsabilidad en el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes del gobierno republicano entre 1936 y 1939.

II

Tomás Navarro Tomás es una de las grandes figuras de la lingüística española del siglo XX, y su obra ha tenido una extraordinaria proyección internacional en Europa y América.

Su ***Manual de Pronunciación Española***, publicado originariamente en 1918, es un texto modélico, traducido a múltiples lenguas que se sigue usando en la enseñanza del español

Tras recorrer entre 1912 y 1913 los principales laboratorios de fonética europeos, particularmente de Francia, Alemania y Suiza, continuó su trabajo en el Archivo Histórico Nacional y se incorporó también como profesor al Centro de Estudios Históricos, donde, entre otras actividades, fundó y dirigió un entonces modernísimo Laboratorio de Fonética Experimental.

Asimismo, fue uno de los impulsores de la *Revista de Filología Española*, la publicación decana del Centro de Estudios Históricos, de la que fue redactor gerente desde su fundación en 1914 hasta 1925.

Su concepción pluralista y abierta de la realidad lingüística ibérica le llevó a interesarse desde joven por las diversas lenguas habladas en España. Pero también realizó contribuciones notables a la dialectología hispanoamericana, como en su obra de 1948 *El español de Puerto Rico*, elaborada con los materiales que acumuló en sus primeros viajes a esa isla en 1925 y 1928, cuando profundizó en sus estudios sobre el habla popular.

Por esa época ya era una autoridad internacional en el campo de la filología y la fonética españolas. Así en 1927 fue contratado como profesor visitante de la Universidad de Stanford en California, y pronunció conferencias en más de doce universidades norteamericanas.

Más adelante, como una derivación de los trabajos del Laboratorio de Fonética Experimental, nació el ***Archivo de la Palabra***, cuyo objetivo era acoger diferentes variedades del habla, de la música y del cancionero tradicional, así como las manifestaciones artísticas de la lengua literaria y la voz de personalidades destacadas. Y así entre 1931 y 1935 el Centro de Estudios Históricos editó 25 discos en 3 series, en los que se recogieron las voces, entre otros, de científicos y tecnólogos como Santiago Ramón y Cajal, Leonardo Torres Quevedo e Ignacio Bolívar, de humanistas como Ramón Menéndez Pidal, Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset, Miguel Asín Palacios o Manuel B. Cossío, de literatos como Juan Ramón Jiménez, Azorín, Pío Baroja, Ramón María del Valle Inclán y Concha Espina, de artistas como Mariano Benlliure y Margarita Xirgu, y de políticos como Niceto Alcalá Zamora y Fernando de los Ríos.

Simultáneamente a la edición de los Archivos de la Palabra Tomás Navarro Tomás alentó durante la Segunda República la elaboración de un ***Atlas Lingüístico de la Península Ibérica*** (ALPI), en el que, partiendo de la metodología de la geografía lingüística, se pretendían recoger las distintas variedades lingüísticas de España y Portugal.

El prestigio de Tomás Navarro Tomás como lingüista a ambas orillas del Atlántico fue muy notorio en el entre las décadas de 1920 y 1930.

III

El humanista Tomás Navarro Tomás fue un hombre comprometido con la cultura de su tiempo, atento a sus signos innovadores, además de un gran organizador. De ahí que fuese nombrado en 1922 director de la Biblioteca del Centro de Estudios Históricos, cargo que desempeñó hasta 1936, para pasar entonces a la compleja tarea de dirigir la Biblioteca Nacional en tiempos de guerra, y a ser vicepresidente de la Junta de Protección del Patrimonio Artístico. Desde esas difíciles responsabilidades realizó una encomiable labor de salvaguardia de nuestro patrimonio histórico en tiempos de guerra. Tras la Guerra Civil se exilió con su familia en Estados Unidos, ocupando diversas cátedras en las Universidades de Syracuse y Columbia hasta su jubilación. Murió en el exilio a los 95 años de edad.

IV

Son, por tanto, muchas las razones que justificarían dar el nombre de Tomás Navarro Tomás a la nueva Biblioteca de Humanidades y Ciencias Sociales del CSIC. Entre ellas podríamos destacar las siguientes:

-La talla intelectual de Navarro Tomás y sus aportaciones a los estudios de Humanidades y Ciencias Sociales, que lo convierten en uno de los grandes investigadores españoles del siglo XX.

--El carácter abierto e interdisciplinar de sus investigaciones, en que se aúnan la formación filológica con el interés por las ciencias sociales (por ejemplo, en sus trabajos de geografía lingüística) y la investigación tradicional con la incorporación de lo que en su tiempo eran novísimas tecnologías (Laboratorio de Fonética Experimental, grabaciones fonográficas del Archivo de la Palabra).

--Su dedicación a la preservación del patrimonio cultural (tanto material como inmaterial) a través de sus encuestas dialectológicas y de su trabajo como filólogo y fonetista y de su participación en la Junta para la Protección del Patrimonio Artístico y de la dirección de la Biblioteca Nacional en tiempos de guerra.

--La proyección de su labor y su magisterio en Europa y América.

--Y, finalmente, el modelo moral que representa, como investigador comprometido con su tiempo y con los valores de libertad e independencia

intelectual, y por su decidida y valiente defensa de la cultura en tiempos de barbarie.

“El destierro de Tomás Navarro ha sido el más largo, el más cumplido de toda la pequeña historia del último destierro masivo. Desde un punto de vista puramente externo, su destierro empieza en los últimos días de enero de 1939, cuando conquistada Barcelona por el ejército nacionalista, las instituciones gubernativas republicanas inician su marcha hacia la frontera francesa. Tomás Navarro, me parece, desempeñaba un puesto próximo al de Director General de Archivos y Bibliotecas. Pero, en realidad para Navarro, el éxodo ha comenzado casi tres años antes. Ha comenzado el día en que, también por disposición dictada por la coyuntura militar, el gobierno republicano ordenó la evacuación de los intelectuales que quedaban en Madrid. El Centro de Estudios Históricos, como era de esperar, figuraba en la vanguardia de la expedición. Debí de ser, si mi memoria no me engaña (y solamente ante la circunstancia concreta de estas páginas lo intento recordar) en los días iniciales de noviembre de 1936, ya los primeros bombardeos de la artillería blanca cayendo sobre Madrid. Me despido de Navarro, quien, por el bailoteo circunstancia de los cargos, desempeña en ese instante la dirección de la Biblioteca Nacional. Estamos en la puerta del Centro, en Medinaceli, 4. Le acompaña esta tarde don Ramón Menéndez Pidal. La calle, las seis de la tarde más o menos, está vacía, una luz gris y estremecida rodeándola. La iglesia frontera, cerrada, convertida en algo ocasional, almacén, depósito de algo, cuartel, qué sé yo qué. No hay nada del bullicio ordinario de extranjeros y gentes variopintas en la esquina del Hotel Palace, sustituido de sopetón por un angustioso alboroto de ambulancias. Se está convirtiendo el lujoso hotel en hospital de sangre. Nuestra despedida es cortés, rápida. No se sabe de qué hablar. Tampoco sale de los labios un “Hasta mañana”, un “Hasta cuando fuere”. El tiempo no cuenta en tales circunstancias. En ese minuto preciso de la tarde novembrina, todos estamos absolutamente igualados por la locura envolvente: un pasmo infinito en la mirada, una inmensa pena en el corazón. Cómo decir entonces “Hasta mañana”, si el mañana es una atroz duda, un penetrante escalofrío. Detrás de la puerta de Medinaceli, 4, no podíamos calcularlo bien al decirnos adiós, se quedaba guillotinado un período excepcional y fecundo de nuestra historia científica. Lo que hasta día había sido una arrogante afirmación se trocaba en una interrogación difusa. La subsiguiente aventura de los supervivientes no ha tenido otra meta que la de luchar contra la inseguridad y lograr salvar lo que en ciencia es fundamental: la continuidad.”

Alonso Zamora Vicente, en la laudatio que escribió en las páginas del Boletín de la Real Academia Española en honor de Tomás Navarro Tomás, cuando este murió en su exilio norteamericano en 1979, a los noventa y cinco años de edad